



EL AGUA.

—Papá, papá, ¡qué hermoso está el Retiro! ¡Qué verdes y qué llenos de flores están sus árboles! ¡Si supieras, papá, lo feliz que soy al verme aquí contigo!

—Eso quiero, Juanito, que seas feliz al lado mio: ¿quién te podrá querer nunca más que tu padre? ¿quién velará por tí con más tierna solicitud que yo?

—Nadie, papaito; por eso yo te quiero mucho y prefiero tu compañía á la de todos los demas: ¡luego, tú eres tan bueno! ¡me cuentas tan bonitas historias! y ¡si vieras, papá, cómo me gustan las cosas que me cuentas! ¡las entiendo tan bien! como que me las explica mi papá, que es el más cariñoso de los maestros.

—Sí, hijo, sí; nadie como yo te

querrá; lo malo es, Juanito, que mis lecciones serán estériles, y probablemente olvidarás las historias á medida que te las voy contando.

—No lo creas, papá, no lo creas; antes al contrario, me acuerdo mucho de todas ellas, y en todas ellas aprendo algo; así es que, gracias á tí, soy el más adelantado de la clase, y todos mis compañeros me miran con envidia porque sé más que ellos; pero eso no me importa: yo lo que quiero es estudiar, saber muchas cosas, para que luego, cuando sea hombre, me llamen Don Juan y me respeten, y sobre todo para que mi papá esté orgulloso de mí.

—Dios te bendiga, hijo mio; así te quiero yo: sé siempre así, bueno, obediente y aplicado, y verás cómo se realizan tus deseos.

—Mira, papá, ya hemos llegado al Estanque grande; mira, mira las barquitas, cómo cortan el agua; mira allí, cuánto pato; ¡qué bonitos!..

Y ahora que me acuerdo, papá, ¿sabes que estoy muy incomodado contigo?

—¿Y por qué, hijo mio?

—Porque no cumples tus palabras.

—¿Qué palabra no te he cumplido todavía, Juanito?

—Voy á decírtelo, papaito; pero antes te voy á contar una historia, porque yo también sé contarlas, aunque no con tanta gracia como tú.

—Vamos á ver qué historia es esa, Juanito.

—Escucha, pues:

Hace seis años nos llevaste á Valencia á mamá y á mí, y fuimos á vivir á una casita del Cañamelar; ¿te acuerdas? Aún me parece que la estoy viendo, con sus paredes blanqueadas, su pequeño jardín delante y en él una palmera, cuyos dátiles comía yo con delicia; desde las ventanas de aquella casita se veía el mar, y muchas noches, sentados tú y yo y mirando aquella gran llanura de agua iluminada por la luna, escuchaba las historias que me referías: era yo entonces muy chiquitito, no tenía más que seis años; pero el deseo de saber vivía ya en mí, y no perdía ninguna de tus pa-

labras: una noche me dijiste: «Juanito, mañana nos vamos á levantar muy temprano, porque quiero que disfrutes de un espectáculo que te agradará mucho.» Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, ya estábamos los dos fuera de casa, sentados en la menuda arena y teniendo el mar á nuestros piés; ante mi vista se extendía una vastísima sábana de agua, que allá á lo lejos se confundía con el firmamento; las estrellas iban poco á poco desapareciendo, y enfrente de nosotros se iba aclarando el cielo insensiblemente; anchas franjas encarnadas cubrían el horizonte, y poco á poco su rojo color fué trocándose en anaranjado, y en dorado despues; de repente, pareció que del fondo del mar brotaba un globo de fuego; iluminóse súbitamente la líquida llanura, y las olas me parecieron de oro derretido: aquel globo de fuego fué agrandándose; su forma fué paulatinamente redondeándose, y al poco tiempo le vi elevarse sobre el mar; el agua, reflejando aquella luz intensa, parecía incendiada; y nosotros, alumbrados por los vivos rayos del sol saliente, nos vimos envueltos en una atmósfera brillante: ¡qué hermoso espectáculo! jamás podrá separarse de mi memoria el recuerdo de aquel día.

Pasado un buen rato, nos fuimos á nuestra casita del Cañamelar, y aquel mismo día quisiste que vié-

ramos esconderse el sol, ya que por la mañana le habíamos visto aparecer, y al caer de la tarde nos encontrábamos en la playa, sentados en la arena, como por la mañana; el sol estaba al final de su carrera, y á poco tiempo de estar nosotros en nuestro observatorio empezó su disco á rasar la superficie de las olas; su dorado color fué enrojeciéndose poco á poco; el mar centelleaba á nuestros piés; las olas hacían saltar por los aires millares de líquidas chispas, y el mar parecía de fuego: poco á poco el disco del sol fué disminuyendo, y al cabo de un rato desapareció en el horizonte; millares de estrellas empezaron á brillar en el firmamento, y la luna trocó en un inmenso espejo de plata el mar, dorado momentos ántes con los resplandores del sol poniente.

«¡Qué hermoso es el mar, papá! exclamé; ¡qué hermoso!—Sí, muy bello, dijiste tú; ya sabía yo que este espectáculo habia de agradarte.—¡Ya lo creo! respondí; ¿á quién no le agradaría? ¡quién no se sentiría absorto, extasiado, ante tal espectáculo!—Tú eres aún muy pequeño, me dijiste; aún no tienes edad para comprender lo que yo podría decirte; pero más adelante, cuando, al par del cuerpo, se haya desarrollado tu inteligencia, te diré que ese inmenso mar que extasiado contemplas es un vasto depósito

donde muere y nace la vida entera de nuestro globo; de sus aguas se forman las nubes, de éstas las lluvias y las nieves; de las nieves y las lluvias los arroyos, los torrentes y los rios, que vuelven á traer á él las aguas que de él tomaron, despues de fecundizar todo lo que á su paso encontraron; sin el agua, hijo mio, sin la luz, es decir, sin el sol y sin el mar, la tierra, en vez de estar habitada como hoy lo está, en vez de contener hombres, animales y plantas, sería un astro muerto completamente.» Esto me dijiste hace seis años, papá, ¿te acuerdas?

—Sí que me acuerdo, Juanito.

—Pues bien, papá, ya llegó la hora de que me cumplas la palabra que entónces me diste; ya tengo doce años; ya estoy en edad de comprenderte; y aunque lo que me digas sea difícil de entender, mi deseo y tu cariño, y sobre todo la manera que tienes de contar las cosas, me harán comprender fácilmente lo que me expliques; así, pues, papá, desde hoy quiero que me digas lo que es el agua, de qué se forma, para qué sirve, todo, en fin, lo que del agua sepas; ¿lo harás, papá?

—Ya lo creo que lo haré, hijo mio, ya lo creo: desde mañana, todas las tardes te explicaré, no mucho, porque yo sé bien poco; pero lo bastante para que puedas for-

martes una idea de lo que quieres saber.

—Bien, papá; yo seré muy aplicado; te escucharé con mucha atención y mucho juicio, y retendré en la memoria todo lo que me digas,

y ya verás, ya verás qué discípulo tan bueno sale de un maestro tan amable como tú.

(Se continuará.)

VENTURA MAYORGA.

CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

X.

En mi anterior epístola te indiqué, amigo Jorge, las distintas ramas en que se divide la industria, importantísimas todas y unidas entre sí por caminar á un fin comun. No pretendo que me creas bajo mi palabra, aunque me tengo por muy veráz, y esta es la razon de que desee que te fijas en la organizacion del trabajo humano, desde su origen hasta su desarrollo.

Abre un momento los sagrados libros, y mira al hombre, ántes del pecado, gozando de la espontánea y abundante produccion del Paraíso. Sale de aquel sitio de felicidad, y la produccion decrece; vese obligado á alimentarse con los animales inofensivos que recorren los bosques ó sobrenadan en los límpidos arroyos, y la necesidad diaria le obliga á convertirse en pastor para satisfacer su apetito sin tener que salir á caza. Conoce el trigo, estudia su

cultivo y se convierte en labrador. Posteriormente cambian sus productos el ganadero y agricultor, y nace el comercio en su forma más elemental. La industria fabril se manifiesta desde el momento en que existe cualquiera produccion.

Con respecto al órden de los tiempos, la industria extractiva ocupa, pues, el primer lugar.

Si es ó no de importancia, considera que sin ella no hubiera dado la tierra la madera de sus bosques, la piedra de sus canteras, el carbon mineral, ni los metales preciosos contenidos en sus capas inferiores. La explotacion de las minas es de tanta importancia que sin ella no podrian satisfacerse muchas de las necesidades más perentorias de la vida. Y cuenta que al hablar de minas, no me refiero á las que no hacen muchos años eran inventadas en plena Puerta del Sol por algunos tunantes de mucho talento, y se cotizaban despues en el *círculo mi-*

nero, llevando la ruina á gran número de familias que soñaban todas la noches con palacios de oro, y empeñaban de día los cubiertos de plata para pagar el dividendo de su accion minera. Cada época se distingue por una locura ó un vicio: á las sociedades mineras sucedieron las de seguros sobre la vida; á estas la político-manía y el cancan. Locura por locura, vicio por vicio, no sé ciertamente cuál escoger, pues si las primeras nos arruinaban, las últimas nos desmoralizan y empequeñecen.

Hemos visto que á la industria extractiva sigue la agrícola.

Su absoluta necesidad, su importancia sin límites reclaman toda la proteccion compatible con la justicia por parte del gobierno, ó mejor dicho de los Códigos fundamentales de la nacion. Las condiciones más esenciales para su desarrollo son especialmente la propiedad, la libertad de cultivo y los adelantos de la industria fabril. Estos últimos no pueden utilizarse en todas las ocasiones, pues tratándose de un cultivo en pequeña escala (como son innumerables en España por lo repartida que está la propiedad), no podrian aplicarse con fruto las máquinas agrícolas, imprescindibles para un cultivo en grande escala.

Cultivadores son los que se hallan dedicados á extraer sus productos á la tierra, bien sea propia ó

ajena: en el primer caso serán propietarios, y en el segundo arrendatarios. Entre las diversas clases que se conocen de arrendamientos, los de *aparcería* y *colonato* son los más usuales; el arrendamiento de *aparcería* estriba en abonar al propietario una parte del producto, como una mitad ó un tercio, y el *colonato*, ó verdadero arrendamiento, en darle una pension ó cánon anual fijo.

Te he dicho que la industria fabril se manifiesta desde el momento en que existe cualquiera produccion, y esto lo comprenderás perfectamente si recuerdas que esta industria consiste en modificar las cosas que el hombre toma de la naturaleza ó produce con su trabajo para acomodarlas á sus necesidades. Con efecto, obligado el hombre á vivir con el sudor de su frente, tuvo que romper la tierra para depositar en sus entrañas el grano de trigo que habia de alimentarle más adelante, y falto de instrumentos agrícolas, hubo de construirlos con la piedra cortante y las ramas de árboles; evitando los rigores del invierno, preparó las pieles de los animales que cazaba y se cubrió con ellas el cuerpo; utilizó la cueva, construyó la choza, y creó, en una palabra, la industria fabril.

No insistiré para que conozcas su importancia: hartó la comprenderás á poco que medites en que cualquier objeto que mires ó toques den-

tro ó fuera de tu casa, es producto, por punto general, de la industria fabril. Ahora bien: esta industria se divide en industria general y doméstica. La primera da vida á las fábricas; la segunda convierte en talleres todas las casas. ¿Cuál es más importante? Esta pregunta carece de fácil contestacion porque ambas se necesitan y completan. En vano la fábrica de hilados lanzaría al mercado piezas y más piezas de lienzo si la industria doméstica no se apoderase de ellas para convertirlas en calzoncillos y camisas. Y ¡cuántos milagros realizan las madres con la industria! ¡Cuántas veces la misma pieza de tela adquiere nueva forma para contrarrestar las diabluras de los hijos ó el natural desgaste del tiempo!

Parangonando la industria en

alta escala y la doméstica, puede asegurarse que la primera es más grande y la segunda más noble. En la primera se ve acaso un empresario tiránico abusando de la pobreza de sus obreros; en la segunda se ve al empresario convertido en obrero, y al obrero en empresario. Detras de la primera suele existir la ambicion; detras de la segunda el amor maternal ó filial, la doncellez honrada y la virtud. La primera produce las riquezas; la segunda sabe conservarlas.

Examinadas ligeramente las industrias *extractiva, agrícola y fabril*, sólo nos queda hacernos cargo de la *comercial*. Quede dicha tarea para la carta inmediata.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

SAN ISIDRO LABRADOR.

(15 DE MAYO.)

Ni la humildad de la condicion humana es un obstáculo para la práctica del bien y el ejercicio de las virtudes, ni la grandeza y poderío dejan de postrarse ante la virtud, por muy pobre que sea el que haya sabido practicarla y enaltecerla. Recuerden los niños, recordemos todos á este propósito la vida de Isidro, el Santo Labrador de

Madrid, á quien la Iglesia venera en sus altares y á quien los madrileños rinden fervoroso culto.

Isidro nació á fines del siglo xi en esta capital; tuvo que consagrarse al servicio y á la labranza para lograr su subsistencia, convirtiendo aquellas rudas tareas en medios de mostrar lo humilde y bondadoso de su condicion. Casado con

una virtuosa doncella, llamada María, propusieronse pronto ambos esposos voto de castidad, logrando ella de este modo ser tambien venerada por sus virtudes y considerada como santa. Recuerdan las historias de su vida haber sido tal la devocion de Isidro y su práctica de los deberes religiosos que la malicia quiso perjudicarle llevando una denuncia de su conducta á su señor Ivan de Vargas, quien acudió por sí mismo á ver las tierras que tenía en término de Madrid, hallando efectivamente en oracion á su criado, aunque tambien pudo ver una hermosa yunta de bueyes que, sin guía que les condujera, araban aquellas tierras, las mejor laboreadas y que más abundante cosecha prometian de entre todas las del contorno. Hostigado Vargas por la sed, se lamentaba otro dia de no tener medio con qué satisfacerla; pero Isidro, dando un golpe de hizada en la dura piedra, hizo brotar un caño de agua cristalina, naciendo la fuente que se conserva en la Pradera del Manzanares, junto á la ermita levantada al santo por la devocion de los madrileños.

Su economía, templanza y frugalidad, y más que nada la proteccion divina, que nunca faltó á los esposos, les permitió socorrer, á la vez que la suya, ajenas necesidades, pasando el santo de esta vida en 15 de Mayo de 1130 despues de haber-

se preparado con grandes prácticas de virtud. Cuarenta años despues de su muerte y mediante una vision divina, el cuerpo de Isidro, conservado en el cementerio de la parroquia de San Andrés, fué exhumado para dársele sepultura más digna dentro de la misma iglesia, habiéndosele encontrado entero é incorrupto, segun hoy mismo subsiste en la citada parroquia. Sería interminable la narracion de los numerosos beneficios y milagros conseguidos por la intercesion del santo, mereciendo citarse su aparicion al rey D. Alfonso VIII bajo la figura de un pastor, en vísperas de la célebre batalla de las Navas de Tolosa, proporcionando al ejército cristiano una senda desconocida que le permitió ocupar posiciones desde las cuales se aseguró el triunfo de las armas cristianas. La desaparicion del pastor, apenas realizado el servicio, hizo que el rey ignorase á quién se debia en tan gran manera la victoria de las Navas, hasta que pudo conocerlo con ocasion de la nueva sepultura dada al cuerpo de San Isidro y de la que hemos hablado ya.

Un distinguido poeta contemporáneo, D. José Cabiedes, pinta en los siguientes términos la parte tomada por el rey D. Alfonso VIII en la traslacion del cuerpo del santo:

«Pasaron años de bienes;
Y en su reino y en su alcázar,
Cercado de bendiciones,

Para tal vida, tal paga,
Oyó el rey hablar de un santo
Que envuelto en pobre mortaja,
Durmió entre el fango de muerte
Como en un lecho de acacias.
Dicen que milagros hizo,
Dicen que Isidro se llama,
Que tuvo á Madrid por cuna
Y por esposa á una santa.
Dicen que fué su agonía
Como una luz que se apaga,
Y que un ángel con un beso
Bajó á recogerle el alma.
El rey sale á verle, y toda
Su corte viste de gala,

Que honrar las obras del cielo
Es ser digno de su gracia.
Entre obispos y señores
Y un pueblo inmenso que aguarda,
El rey con grave respeto
Ordena que abran la caja.
Rechinan goznes mohosos,
Las viejas maderas saltan,
Y como heridos de un rayo
Suenan un grito en mil gargantas.
¡Ah, que en aquellas facciones
Dulces, serenas, intactas,
Todos han visto el cadáver
Del pastor de la montaña!
Hinca el rey rodilla en tierra,



Descubre sus nobles canas,
Desde el mayor al pequeño
Rezando caen á sus plantas.
Y humildes labios reales
Besan las toscas abarcas,
Como besa un hijo tierno
La mano del padre que ama.
Llévale en sus hombros mismos,
Salmos á coro le cantan...
¡Ahora es cuando va más grande
El vencedor de las Navas!»

Paulo V., teniendo en consideración los repetidos milagros del santo, dió en 1619 la bula de su beatificación, permitiendo que anualmente se celebrase la fiesta del mismo en los dominios del rey de Es-

paña, y Gregorio XV procedió, á instancias de Felipe IV, á la canonización de aquél en 22 de Marzo de 1622.

La devoción á San Isidro ha ido siempre en aumento, y el pueblo de Madrid celebra la fiesta del mismo con una animada romería, en los lugares que aquél labró siendo criado de Ivan de Vargas.

A. BERRIO Y RANDO.



MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

En el antiguo local conocido por *Casino de la Reina*, situado á la terminacion de la calle de Embajadores, construido y regalado por el Ayuntamiento de Madrid en 1816 á la Reina Doña María Isabel de Braganza al contraer matrimonio con D. Fernando VII, y hoy propiedad del Estado, se custodian cuidadosamente, aunque con carácter de interinidad y mientras se termina el suntuoso palacio destinado á Biblioteca y Museos Nacionales, los objetos más raros y curiosos de las glorias españolas de tiempos pasados, que forman hoy el Museo Arqueo-

lógico Nacional. Reconocida por todos la importancia de los estudios arqueológicos para comprobacion de la historia de cuan bellos monumentos posee España de su vida de ayer, y de que es una necesidad de los pueblos modernos conservar, como preciosas joyas, las manifestaciones de aquellas grandezas que pasaron, se fundan los museos arqueológicos, que no son otra cosa que el archivo en donde se conservan, se custodian, se exponen y se estudian esas mismas manifestaciones de la actividad humana.

El Museo Arqueológico Nacional

fué fundado por decreto de 20 de Marzo de 1867, sirviendo de núcleo las colecciones que ya existían, aunque diseminadas y sin clasificación adecuada, en la Biblioteca Nacional, Gabinete de Ciencias Naturales, Escuela especial de Diplomática, Universidad Central, y ha venido enriqueciéndose en el insignificante período de doce años con numerosos objetos, procedentes de varias corporaciones científicas y literarias, otros muchos adquiridos por compra, y no pocos debidos á la generosidad de particulares, completándose en tan poco tiempo el fabuloso número de más de 120.000 objetos, entre los que se encuentran innumerables de primera importancia, no pocos muy preciados y todos interesantes, los que convenientemente coleccionados, forman el material científico del Museo Arqueológico, que se inauguró al público el 9 de Julio de 1871.

Imposible es en tan corto espacio de tiempo y lugar dar una idea, ni aproximada siquiera, de cada uno de los objetos de este Museo; difícil dar á conocer los más importantes, limitándonos en el presente bosquejo, hecho á vuela pluma, á llamar la atención del inteligente y del curioso sobre algunos que merecen especial mención en el ligero paseo que vamos á dar por los diferentes salones del Museo Arqueológico Nacional.

Cuatro son las secciones que hoy forman este Establecimiento, dos genéricamente arqueológicas, la una en que se estudian las antigüedades meramente clásicas, desde las mal llamadas prehistóricas, y con más propiedad denominadas de civilización primitiva, hasta las del arte nacido con el cristianismo; la otra desde los primeros siglos de la Iglesia hasta el renacimiento del arte y posteriores. De las otras dos, la una está dedicada especialmente á la numismática y la otra á la etnografía, que comprende objetos procedentes de Asia, Africa, América y Oceanía.

Las dificultades de clasificación, aumentadas con lo inapropiado del local, hacen que estas secciones no se encuentren ordenadas bajo un criterio científico á la vista del visitante, aunque sí en su catalogación, y en el presente boceto hemos de seguir el orden de colocación que el público observa en cuanto sienta su planta en el vestíbulo de la sección segunda, que es por donde principia su visita, viniendo en sentido inverso á hacer su correría histórica desde lo más moderno á lo más antiguo.

Se exhiben en primer término las antigüedades árabes, compuestas de múltiples y valiosos objetos, entre los que llaman la atención dos arcos árabes originales, esculpidos en yeso, de bello y caprichoso



conjunto, del segundo período del arte árabe en España, y construidos en el palacio de la Aljafería de Zaragoza; otro del período naserita, procedente de las ruinas del palacio de Muley-Hassem en Granada, y otro del arte Mudéjar, traído del palacio de Enrique II en Leon; varios capiteles é inscripciones en mármol, tabla y reproducciones en yeso.

Entre los objetos de cerámica mahometana y española, merece especial mencion el magnífico jarron de esmalte, cubierto de ornamentacion azul, reflejos metálicos é inscripciones de estilo árabe, granadino de gran tamaño, algunas tinajas de barro con inscripciones y hermosos platos de reflejos metálicos, colocados en caprichosos aparatos que penden del techo y entre los arcos; en la panoplia se ostenta una espada granadina con empuñadura de cobre, ricamente esmaltada; en la orfebrería varias arquetas de madera y plata ornamentadas, y en la acraria una grandiosa lámpara de bronce de estilo granadino, traída á este Museo de la Universidad Central.

El arte cristiano, que ocupa las tres salas siguientes de esta seccion, está representado, además de por diferentes fragmentos arquitectónicos, capiteles, dovelas, abacos y frisos de los siglos VII al XV, por un sepulcro romano cristiano de már-

mol blanco, con esculturas de asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, hallado en Astorga, un vaciado de la notable pila bautismal que se conserva en San Isidoro de Leon; otra original de piedra arenisca, con una leyenda romana de San Pedro de Villanueva (Oviedo); el sepulcro con estatua yacente del Abad Aparicio; otros dos de Doña Inés Rodriguez de Villalobos, y del Caballero valenciano Gil Pere Boil, y varias estatuas de madera y piedra de esta época. Merece singularísima indicacion el sepulcro de Doña Aldonza de Mendoza, una de las más bellas concepciones del siglo XV.

La pintura de los siglos XIII y XV puede perfectamente estudiarse en fragmento, y tres retablos de esta época perfectamente conservados, y el grabado en una lauda ó cubierta de panteon traída de Castro-Urdiales (provincia de Santander).

Lanzas, hachas, serpentinas y bombardas, forman la panoplia del arte cristiano, y otros varios objetos que sería prolijo enumerar, la epigrafía, indumentaria, tapicería y orfebrería.

No podemos dejar desapercibidos varios arcones de nogal, de estilo ogival y del renacimiento, que son verdaderas joyas de carpintería artística, así como la gran sillería de coro del siglo XVI y el púlpito de estilo gótico procedente de Leon.

Las dos primeras de estas tres salas se encuentran tapizadas por nueve ricos tapices bordados en seda, oro y plata, que se cree pertenecieron al Conde-Duque de Olivares.

La cerámica, colocada cuidadosamente en dos pequeñas salitas de paso, ostenta ricas mayolicas de las fábricas de Urbina y Taenza, y un retablo de loza atribuido por algunos á Lucea della Robia, porcelanas de las fábricas de La Moncloa, Alcora, Manises, Talavera y Triana en España; y de Sévres, Sajonia, Wedgwood en el extranjero. Para gloria de nuestra fabricacion patria, se ostenta con orgullo rica coleccion de estatuitas de biscuit, procedente de la fábrica del Retiro de Madrid.

En la última sala de esta seccion, llamada joyero por el valor intrín-

sco de los objetos que encierra, sin que por esto dejen de ser apreciadas joyas arqueológicas, se guardan alhajas visigodas y árabes, vasos de cristal de roca, el báculo del antipapa Luna, arquetas de marfil, cobre esmaltado é hierro de los siglos XII y otros, una valiosa escopeta de chispa guarnecida con 1.700 granates, á la que se le atribuye procedencia italiana, aunque conserva cierta tradicion asiática; y finalmente, un crucifijo de marfil, interesante trabajo de escultura, regalo de los Reyes D. Fernando y Doña Sancha á la iglesia de San Isidoro de Leon (siglo XI), y otra multitud de objetos.

(Se continuará.)

ANGEL DE GOROSTIZAGA.

EL GRAJO Y EL MOSQUITO.

FÁBULA.

Un grajo, que vivía
En un abandonado castillejo,
—Montón de ruinas ya, de puro viejo,—
Creyóse cierto día,
No que era negro grajo
De aspecto repulsivo y vuelo bajo,
Sino un águila real que se cernía
Sobre las altas nubes de la esfera;
Y el pobre lo creyó de tal manera,
Que su vuelo al tender por el espacio
Erale chico el celestial palacio

Y todo el firmamento
Pobre, para albergar su pensamiento.
Desde la inmensa altura
A que había subido en su locura,
Todo lo despreciaba,
Al resto de las aves desdeñaba;
Y creía el muy loco
Que pájaro ninguno le igualaba,
Y que á su lado todos eran poco.
Una tarde, agobiado
De calor y de sed, apagar quiso

Sus ansias de beber, y en el instante,
A un límpido arroyuelo que sumiso
Besaba el pié de un muro abandonado,
Su tardo vuelo dirigió arrogante;
Al abatir el vuelo
El grajo, vió surgir del arroyuelo
Un avechuelo inmundo y asqueroso
Que de beber ansioso
Se encontraba cual él, y no queriendo
Beber en tan indigna compañía,
Fué su vuelo subiendo
Por ver si en tanto, el bicho aquel bebía;
Pasado un largo rato, nuevamente
Descendió, calculando que el intruso
Habría concluido, y muy confuso
Quedóse al contemplar al insolente.
Allí se hallaba aún, y cosa rara,
Sobre la linfa clara,
Todos los movimientos repetía
Del grajo vanidoso; si subía
El grajo de él huyendo,
Iba él también subiendo;
Y si el grajo al arroyo se bajaba,
Al arroyo aquel bicho se acercaba.
Así pasó algún tiempo; mas cansado

El grajo incomodado,
De furor ciego y ébrio de coraje
Comenzó á apostrofar al importuno,
Y no perdonó ultraje,
Ni dejó insulto alguno
Que al bicho aquel de negro y ruin plumaje
Feroz no dirigiera;
Ya se ve, él era un águila altanera,
Y beber no podía
Al lado de tan sucia compañía;
Ya llevaba buen rato de graznidos,
Cuando oyó los zumbidos
De un mosquito, que lleno de ironía,
Volando entre las yerbas y las flores,
Así de esta manera le decía:
—«¡Pobre grajo! modera tus furores,
No te exaltes así, te lo aconsejo:
Ve que ese pajarraco que maltratas
Eres tú, que fielmente te retratas
De este claro arroyuelo en el espejo.»
*¡Cuántos hay en el mundo, intolerantes
Que las faltas ajenas perdonaran
Y menos orgullosos se mostrarán
Si en su conciencia se miraran ántes!*

VENTURA MAYORGA.

¡YUELVE AL CIELO!

(A UN NIÑO.)

Dime, niño, ¿por qué al mundo
Has dirigido tu vuelo?
¿Por qué á este valle de lágrimas
Vienes á exhalar tu aliento?
¿Por qué has dejado la gloria
Para bajar al infierno?

Abre tus vuelos azules,
Rasga del éter los velos,
Ve que el mundo, hermoso niño,
De la gloria está muy lejos.
No hay flor que aquí no se agoste,
Ni hoja que no arrastre el viento,
Ni fuego que no se apague,
Ni nube que cruce el cielo,
Que no se trasforme en lágrimas
Y no busque su aposento

En los ojos de los hombres,
Para convertirse luego
En sal, que agosta las flores
Que hayan nacido en su pecho.
Niño, tus alas extiende,
Cruza el espacio, ángel bello,
No tus sonrosadas plantas
Manches del mundo en el cieno;
Ve que es misera la tierra,
Ve que es misero su suelo,
Ve que al que en la gloria nace
Le es el mundo muy pequeño.
No vuelas en las tinieblas,
No vuelas en campo yermo,
Vuela en la luz, en la vida,
Vuela entre Dios, ¡vuelve al cielo!

JAVIER SORAVILLA.

LA SENSITIVA (1).

En el ardoroso suelo
Do puso Colon su planta;
Aquel frondoso jardin
De region americana,
Cuna fué de un vegetal
Que del suelo se levanta
Poca altura, y en su tallo
Tiene espinas aguzadas.
Sus flores son purpurinas
Y le dan belleza tanta,
Que el fuego de los rubíes
En matiz no superara.
Mas no es posible tocar
A sus hojas delicadas,
Sin que al punto se recaten
Cual doncella avergonzada.
Cuando sobre ellas se posa
Alguna mano profana,
Súbitamente se muestran

Con el atrevido airadas.
Su faz ocultan al punto
Cual ave bajo sus alas,
Para entregarse al descanso
Cuando la luz del sol falta.
Si de abrasador estío
Brillantes rayos las bañan,
Mil rápidos movimientos
Ofrecen á las miradas,
Y del bienhechor rocío
Que estas hojas abrillanta,
Y cuando el aliento helado
Del invierno las empaña,
Súbitamente se esconden,
Pues que todo las maltrata,
Y que al llamarla *Mimosa*
La ciencia, fué muy exacta.
Tan susceptible como ella
Es en el mundo la fama:
No consiente que la toquen,
Pues el aliento la mancha.

(1) Planta denominada botánicamente *Mimosa sensitiva*, de la familia *Leguminosas*, que presenta la particularidad de replegar sus hojas en el instante que un cuerpo extraño las toca.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA

CONVERSACION QUINTA.

Estas sentencias del Señor le hicieron ver toda la extension de su delito, y casi desesperado pronunció estas palabras:—«Mi delito es muy grande para merecer el perdon...

así, pues, cualquiera que me hallare, me matará.» Pero el Señor, todavía misericordioso, todavía inclinado á perdonar, y queriendo hacer ver á los demas hombres su

justicia ó los efectos del delito y del crimen, le dijo:—«No será así; ántes bien, cualquiera que matare á Cain, tendrá un castigo siete veces mayor; y púsole una señal para que cuantos le viesen no le matasen.»

Estoy conociendo que deseais saber qué señal fué esta que el Señor puso á Cain: Moisés, ó sea el historiador sagrado, no lo dice; pero parece, segun conjeturas muy verosímiles, que fué una especie de temblor general en todo su cuerpo, y unido á esto un rostro y una mirada tan cruel y sañuda, que descubria á lo léjos á un hombre poseído de terribles remordimientos que obligaba á las gentes á huir de su trato. De todos modos, ya podeis figuraros qué señal no sería cuando Dios se la puso en castigo de su crimen, pues en ella estaria como grabado el delito atroz que habia cometido con todas sus circunstancias.

Parece que la tempestad se ha calmado un poco y que ya no se siente tanto el viento como cuando empezamos nuestra *Conversacion*; la cena ya estará lista, porque es muy tarde y podeis retiraros á descansar... y bastará por hoy de Historia...

(Los niños, todos á la vez, preguntan: ¿Y qué fué de Cain? queremos que concluya Vd. su histo-

ria... no tenemos sueño ni ganas de cenar... Díganos Vd... díganos usted cómo concluye; no nos vamos de aquí hasta que nos lo diga...)

—Bien, teneis razon; en dos palabras os diré lo que pasó despues á este jóven desgraciado. En cuanto el Señor le habló de la manera que acabais de oir, siguió una vida errante y fugitiva por una tierra lejana, que en la Escritura se llama tierra de *Nod*, situada hácia la parte oriental del Paraíso, donde edificó una ciudad á que puso por nombre *Henoch*, que era el de uno de sus hijos, y que fué el primer pueblo que hubo en el mundo; Cain vino á ser principio y cabeza de los hombres impíos y malvados, que ya veremos en otra *Conversacion* cómo perecieron todos; y en cuanto á orgullo, siempre desoyó la voz de su conciencia que le enseñaba el camino del bien, y vino á ser como el tipo de los que hoy por desgracia andan por el mundo cometiendo tantas iniquidades: en cuanto á su muerte y su sepulcro, nada sabemos; la historia guarda sobre este hecho profundo silencio.

¡Oh! que Dios os defienda de tales hombres y os dirija por las sendas de Abel, á quien imiteis en sus virtudes é inocencia.

(*Se continuará.*)

RAMON SEGADE.

ESCENAS INFANTILES.



Juanita se desvive por cuidar y entretener á su hermanito Ramon, y éste se halla en sus glorias en brazos de su hermana. Lo malo para los padres es que de la reunion de ambos niños suelen resultar inevitables catástrofes, y que la vajilla padece más de un contratiempo con las alegrías de Ramon, que en viendo vidriado empieza á mover alegremente los brazos hasta que los platos y botellas se multiplican en numerosos fragmentos por el suelo.

De las alegrías de Ramon y de la tolerancia de Juanita, sólo una persona tiene motivo para felicitarse: el cacharrero que surte á la casa.